

AC 08 83

Buenas noches, bienvenidos al tiempo del curso de acceso directo a la universidad para mayores de 25 años, el CAD. Hoy introducción a la historia del mundo contemporáneo. Nos acompaña la profesora Ángeles Ejido, que nos hablará del mundo de entreguerras, la depresión del 29 y el fascismo.

Buenas noches, hoy vamos a hablar del mundo de entreguerras, la crisis de la democracia, la depresión de 1929 y el fascismo. Un acontecimiento tan trascendente como una guerra siempre acarrea profundas diferencias entre el antes y el después máxime si se trata de una guerra mundial. Y efectivamente, el mundo que apareció después de la primera guerra mundial era esencialmente distinto del anterior.

En el aspecto político, uno de los primeros cambios que aparecen es la aparente consolidación y extensión de los regímenes democráticos. El avance de la democracia parlamentaria se tradujo en el establecimiento de regímenes democráticos de corte occidental en varios de los estados surgidos de la desmembración de los grandes imperios derrotados en la guerra. En muchos casos estas democracias fueron efímeras, estableciéndose sobre todo en los países del este de Europa y del Mediterráneo regímenes dictatoriales.

Así, en el periodo de entreguerras, Europa se debaqueó en medio de una dialéctica cada vez más enfrentada entre dictadura y democracia. En el aspecto social, la presión de los sindicatos cada vez más fuertes y la colaboración de los socialistas con los partidos democráticos permitieron obtener logros tan importantes como la implantación de la jornada laboral de ocho horas y un avance considerable en los sistemas de seguridad social. Pero la guerra produjo sobre todo una profunda transformación de la estructura económica mundial.

Dedicados al esfuerzo bélico, los países contendientes habían disminuido sustancialmente la producción dedicada a la exportación y ese vacío había sido cubierto con el desarrollo de industrias autóctonas en los países ultramarinos, especialmente en los Estados Unidos y en Japón. Por otra parte, el nuevo mapa político, la aparición de nuevos estados, dificultó sobre toda manera los intercambios comerciales en la propia Europa al multiplicarse las fronteras y las consiguientes barreras aduaneras. Pero el problema económico fundamental de la posguerra sería el círculo deudas interaliadas reparaciones.

Los estados vencedores habían financiado sus gastos bélicos con préstamos concedidos por los Estados Unidos. Para pagar estos créditos necesitaban a su vez cobrar las indemnizaciones que los tratados habían fijado para los países vencidos, especialmente Alemania. Si Alemania no pagaba a Francia y Gran Bretaña, Francia y Gran Bretaña no podrían pagar a los Estados Unidos.

Alemania y Austria, que no habían contraído durante la guerra deudas exteriores de consideración, recurrieron una vez terminada esta también a los Estados Unidos para obtener

créditos que les permitieran afrontar su reconstrucción y sobre todo pagar las reparaciones por los daños ocasionados a los aliados. Estados Unidos se convirtió así en el gran banquero de Europa. Se creó un círculo financiero que revelaría pronto la falsedad de sus cimientos y acabaría derrumbándose con la Bolsa de Nueva York en 1929.

Durante un tiempo, no obstante, el andamiaje se sostuvo. Alemania trató de hacer frente a sus pagos y lo hizo hasta 1923. En 1923 declaró que no podía seguir pagando y para resarcirse, franceses y belgas decidieron ocupar la cuenca minera del Ruhr.

Un nuevo acuerdo frenó temporalmente esta situación. Se concedió un nuevo préstamo a Alemania mientras se aplazaba el pago de las reparaciones y los franceses accedían a retirarse de la cuenca del Ruhr en 1924. Entre 1924 y 1929 pareció que la situación podría mantenerse.

Fueron los años de prosperidad, los felices 20 que se vivieron sobre todo en Norteamérica en medio de una prosperidad más aparente que real, cimentada en el desarrollo de las nuevas industrias, especialmente la industria del automóvil y sobre todo el cine. Vamos a ver ahora cómo vivieron los felices 20 una democracia añeja como la británica, una nación vencida, Alemania, y algunos de los nuevos estados nacidos de la desmembración de los grandes imperios ocasionada por la guerra. Gran Bretaña en estos años avanzó en tres sentidos.

Consolidó sus instituciones democráticas, adoptó importantes reformas en la legislación social y afrontó importantes modificaciones en su estructura imperial. Pero la nueva situación económica de posguerra también le afectó. Las dificultades para exportar habían repercutido especialmente en la minería y en los astilleros, generando un aumento de los precios y un alarmante desempleo.

Este descontento enfrentó al gobierno con el más grave conflicto social de la historia británica, la huelga de 1926. Iniciada por los mineros, desencadenó una huelga general de solidaridad de la que, a la larga, no obstante, la democracia británica, que solucionó el conflicto sin violencia, salió reforzada. Pero sobre todo Gran Bretaña afrontó dos importantes cambios en su estructura territorial.

El reconocimiento del Estado libre de Irlanda, sin el úster, de mayoría protestante, y la creación de la Commonwealth, la comunidad británica de naciones que integraba ahora a los antiguos dominios. Se inició, por último, en la India, la campaña de resistencia no violenta liderada por Gandhi. En cuanto a Alemania, vencida ya y humillada, se enfrentaba a la nueva década en muy diferente situación.

Cuando el alto mando alemán comprendió que la victoria era imposible, decidió que se formase un nuevo gobierno para negociar la paz. La presión de los sectores radicales del Partido Socialdemócrata acabaría desencadenando en la aplicación del emperador y la proclamación de la República, la primera república alemana en la ciudad de Weimar. La nueva república hubo de enfrentarse a la revolución espartakista, la inspiración comunista y a dos golpes de Estado, uno militar y otro liderado por el entonces desconocido Adolfo Hitler, que

fracasaron.

Afrontó, sobre todo, el proceso de democratización del país. La constitución de Weimar de 1919 fue una de las más democráticas del mundo, pero los alemanes nunca perdonaron al régimen de Weimar la firma del Tratado de Versalles. A pesar de la persistencia de graves tensiones políticas, el régimen de Weimar pareció consolidarse.

La rivalidad franco-alemana vivió momentos de relajación, debido en gran medida a la actitud conciliadora de hombres como Briand, por parte francesa, y Stressman, por parte alemana, mientras la aplicación del Plan Davis facilitó el pago razonable de las reparaciones. Esta era de paz alcanzó su punto álgido en 1925, con los Acuerdos de Locarno, por los que Alemania, Francia y Bélgica acordaron respetar sus respectivas fronteras, mientras Polonia y Checoslovaquia prometían no alterar las suyas sin previa negociación. La era de confianza en la paz, ratificada con la entrada de Alemania en la Sociedad de Naciones, el principal organismo internacional de la época, en 1926, y la firma del Pacto Briand-Kellogg de renuncia a la guerra en 1928, hacía pensar que Europa sería capaz de alejar para siempre el fantasma de una nueva guerra.

Mientras Gran Bretaña consolidaba su democracia y Alemania parecía hacer lo mismo con el régimen de Weimar, los nuevos estados que habían nacido de los tratados de paz luchaban por encontrar su identidad. De la desmembración del imperio austrohúngaro surgieron tres nuevos estados, Austria, Hungría y Checoslovaquia, más otro, Yugoslavia, formado por las provincias del sur del Antiguo Imperio, Eslovenia, Croacia y Bosnia, unidas a Serbia y Montenegro. Esta mezcla explosiva nunca acabaría de cuajar con las desgraciadas consecuencias que todavía hoy estamos viviendo.

Del Imperio ruso se separaron Finlandia, Estonia, Letonia y Lituania, concebidos estos tres últimos como pequeños estados tapones en la frontera soviética para evitar la expansión del comunismo, y Polonia. Del Antiguo Imperio turco se habían separado Grecia en 1922, Rumania y Bulgaria en 1878 y Albania en 1913. Estos nuevos estados se habían constituido sobre el papel sin tener en cuenta el sentimiento nacional, aglutinando en su seno minorías diferentes y a menudo enfrentadas que habrían de afrontar una difícil convivencia.

Aunque todos aceptaron constituciones democráticas, su escaso nivel de industrialización, la persistencia de los grandes latifundios, la escasa alfabetización y el deficiente desarrollo económico y social, con pocas excepciones, no les auguraban buenas perspectivas. Los intentos de reforma agraria y de impulsar el desarrollo económico fracasaron en su mayoría, y paulatinamente fueron imponiéndose las dictaduras, en Hungría, en Bulgaria, en Albania, en Polonia, en Lituania y, finalmente, en Yugoslavia. Mención aparte merece Turquía, donde el líder Mustafa Kemal impulsó un proceso profundo de democratización del Viejo Imperio al estilo occidental.

Aunque finalmente acabó imponiéndose el partido único, ya se habían sentado las bases de la moderna Turquía. Cuando parecían superarse las principales dificultades derivadas de la

guerra, se manifestaron de golpe todas las contradicciones que había producido. La desigual distribución de la riqueza, la crisis crónica de la agricultura más la difícil reconstrucción de la economía europea en la paz, acabarían desencadenando la mayor hecatombe económica del siglo XX, la crisis mundial de 1929.

Inicialmente la crisis fue un hecho americano, aunque luego sus consecuencias alcanzarían a todo el mundo. En los Estados Unidos, las diferencias entre una minoría cada vez más rica y una mayoría cada vez más pobre acabarían por hacer explotar, literalmente, la economía. Aunque la minoría enriquecida continuaba generando más riqueza, ampliando sus empresas, esta expansión se apoyaba en el aumento del consumo, y como la mayoría pobre vio cada vez más disminuido su poder adquisitivo, se produjo la inevitable crisis de superproducción.

Es decir, la población norteamericana no podía absorber todas las mercancías que producía, la oferta superó a la demanda. Este desequilibrio intentó paliarse arbitrando dos mecanismos, la exportación de capitales, una parte importante en forma de créditos y préstamos a otros países, fundamentalmente los que habían sufrido la guerra y estaban sufriendo la posguerra, y la venta a plazos, para estimular la demanda interna. Las dificultades de la agricultura fueron más difíciles de solucionar.

El descenso de la producción triguera europea a causa de la guerra había beneficiado a la economía agrícola norteamericana, pero con la paz la producción europea se recuperó y ya no fue necesario recurrir a la importación. El precio del trigo se hundió y con él miles de agricultores. Lo mismo ocurrió con otros productos, algodón, café, cacao, maíz, azúcar.

La multiplicación de las barreras aduaneras como consecuencia del nacimiento de nuevos países tras la guerra, el desarrollo de la industria de ultramar y los problemas del círculo deudas-reparaciones de guerra hicieron el resto. El jueves negro, 24 de octubre de 1929, se hundió la bolsa de Nueva York y con ella la economía mundial. Inicialmente fue una crisis financiera que se manifestó, como decíamos, en Norteamérica.

Se había estado jugando a un juego peligroso, comprar acciones en bolsa, costeadas a base de créditos y obtener rápidos beneficios que permitían reembolsar esos créditos, siempre que las acciones naturalmente siguieran subiendo. En el momento en que comenzaron a bajar se desató el pánico entre los inversores. Muchos accionistas tuvieron que vender sus acciones para pagar las deudas a los bancos.

La venta hizo bajar las cotizaciones, lo que a su vez provocó más necesidad de vender. Este círculo vicioso hundió la bolsa de Nueva York. La ruina de la bolsa obligó a muchos inversores a retirar sus ahorros de los bancos y éstos, al no poder hacer frente a tantos pagos a la vez, quebraron en masa.

La cadena se extendió a la industria, descendieron las compras y, en consecuencia, la producción y los beneficios. Esto provocó, a su vez, que aumentara el paro y que descendieran los salarios, con la consiguiente disminución del poder adquisitivo. Era una rueda que giraba

sobre sí misma y que no parecía tener freno.

Los países europeos se resintieron, el gobierno norteamericano prohibió la salida de dólares y los capitales norteamericanos, invertidos sobre todo en Alemania, comenzaron a ser repatriados. El comercio mundial también acusó el golpe ante el descenso de la capacidad de compra norteamericana. El paro fue el aspecto más doloroso y evidente de la crisis.

El impacto de la crisis fue tan fuerte que, aun cuando sus efectos se atenúan y se disipan los temores de un derrumbamiento inminente, persiste la sensación de precariedad e inquietud. El economista británico John Maynard Keynes, que ya en 1919 había reflexionado sobre las consecuencias económicas de la paz, se preguntaba en 1933, adelantando las conclusiones de su teoría del empleo, el interés y la moneda, sobre el destino del régimen capitalista. Sus teorías conmueven los principios fundamentales del capitalismo, que hasta entonces había parecido invencible.

Las consecuencias de la crisis se dejaron sentir en tres direcciones generales. En el aspecto económico triunfó el nacionalismo. Los estados recurrieron al proteccionismo, elevaron los derechos arancelarios para reducir las importaciones y devaluaron la moneda para facilitar las exportaciones.

El caso paradigmático será, como veremos, el New Deal de Roosevelt, aunque Francia más tardíamente y también Gran Bretaña se dejaron arrastrar por esta tendencia, que será llevada a su último extremo, la autarquía económica, una economía cerrada basada en el autoabastecimiento por Italia y por Alemania. Se recurrió también a los intercambios bilaterales, tratando de asegurar al menos el comercio entre dos países, se generalizaron las tarifas aduaneras elevadas e incluso se establecieron límites, cuotas determinadas para las importaciones. En el plano político, las tendencias autárquicas incitan a extender el territorio nacional, que en el caso alemán se justificará con la necesidad de espacio vital, mientras la economía dirigida desde el Estado pone en solfa las viejas instituciones democráticas.

Desde el punto de vista de las relaciones internacionales, finalmente, el afianzamiento del nacionalismo, ya sea económico ya político, se traduce en una cada vez mayor desconfianza de los mecanismos de cooperación internacional, que acabaría desacreditando al principal organismo internacional de la época, la sociedad de naciones, y desembocando en la Segunda Guerra Mundial. En 1933 se había reunido en Londres, en efecto, una conferencia económica y monetaria internacional para tratar de frenar la fragmentación del mercado mundial y arbitrar medidas conjuntas que paliasen las consecuencias de la crisis, pero esta conferencia fracasó. Veamos con un poco más detenimiento algunos de estos ejemplos.

El New Deal. Habíamos dejado a los Estados Unidos en plena crisis tras la caída de la bolsa en Nueva York. Esa es la situación a la que debe enfrentarse el nuevo presidente Franklin Delano Roosevelt, que llega al poder en noviembre de 1932.

Roosevelt aplicó un programa de reformas, el New Deal, nuevo trato, destinado a salvar el

sistema económico norteamericano y apoyado en tres pilares fundamentales, la necesaria intervención estatal, el derecho legal de los trabajadores a autoorganizarse y la obligación del Estado a apoyar a los ciudadanos más desprotegidos. Su primera medida fue dirigida a los bancos, sobre los que el Gobierno se reservaba a partir de ahora una autoridad incondicional. A la vez, utilizando el poder del nuevo medio de comunicación, la radio, intentó convencer a los americanos de que podían confiar de nuevo en los bancos e ingresar en consecuencia de nuevo su dinero en ellos.

El siguiente problema a afrontar era el paro. El Estado se convirtió en el gran patrón, obteniendo dinero del aumento de los impuestos a los más ricos, dinero que invirtió en obras públicas, construcción de carreteras, puentes, escuelas, hospitales, que dieron empleo a los parados. Se arbitraron también importantes medidas en materia de legislación social.

La Ley de Seguridad Social, en agosto de 1935, fue la más importante. También se acordó Roosevelt de los granjeros, uno de los sectores más afectados por la crisis, aprobando en mayo de 1933 la Ley de Ajuste de la Agricultura, destinada a equilibrar la producción agrícola. Los agricultores deberían limitar su producción pero, a cambio, recibirían subvenciones del Estado, es decir, se les pagaría por no producir.

La Ley de Recuperación de la Industria Nacional trató, finalmente, de equilibrar la producción industrial, regularizando y mejorando también las condiciones de trabajo, horarios máximos, salarios mínimos, abolición del trabajo de los niños, derecho de los trabajadores a organizarse sindicalmente, etc. Aspectos plenamente garantizados y ampliados por la Ley de Relaciones Laborales de 1935. Creó, por último, la Administración de Obras Públicas, que tuvo un papel esencial en la recuperación económica, al diseñar un amplio proyecto de obras públicas en todo el país que disminuyó el paro, estimuló la industria privada y contribuyó decisivamente a la superación de la crisis.

Aunque Roosevelt se atrajo la enemistad de los grandes empresarios, e incluso el Tribunal Supremo llegó a declarar anticonstitucionales algunas leyes, Roosevelt ganó las elecciones del 36, las del 40 y las del 44, y su modelo de nuevo capitalismo, caracterizado por una intervención estatal correctora, estaría en la base de los sucesivos gobiernos norteamericanos que continuarían, fundamentalmente, en la misma línea de actuación. A Francia y a Gran Bretaña la crisis llegaría más tarde, pero no con menos fuerza. En Gran Bretaña aumentó alarmantemente el desempleo, disminuyeron las exportaciones y también las reservas del Banco de Oro de Inglaterra como consecuencia del grave déficit de la balanza comercial.

El segundo gobierno laborista de MacDonald, que se había formado en 1929, no pudo controlarla y, tras unas medidas de emergencia, se celebraron elecciones generales en octubre del 31, formándose un gobierno de concentración nacional. El nuevo gobierno adoptó una serie de medidas destinadas a contrarrestar. En septiembre de 1931 Gran Bretaña había abandonado el patrón oro, es decir, el Banco de Inglaterra no cambiaría en adelante libras por oro.

La devaluación de la libra, como la de otras monedas europeas, pretendía hacer más competitivas las mercancías inglesas. En el verano de 1932, en la conferencia de Ottawa, se acordó que cada país miembro de la Commonwealth daría preferencia en sus importaciones a los productos provenientes de los países que la integraban. A los problemas económicos se sumaron los políticos.

Irlanda se declaró república en 1937 y siguió avanzando la campaña de protesta no violenta en la India, a pesar de las tensiones internas entre la mayoría hindú y la minoría musulmana. En cuanto a Francia, la inmediata posguerra había supuesto para ella un aumento de la prosperidad. Se desarrolló enormemente la industria del automóvil, la eléctrica, la química y la siderúrgica, impulsada en buena medida por la anexión de Alsace y Lorena y con ella de sus minas de hierro y fábricas de acero.

La crisis mundial tardó en llegar, en parte porque Francia tenía menos interconexión con el mercado mundial, pero, aunque no fue tan violenta, fue más prolongada, en buena medida por la indecisión de los gobiernos, fruto, a su vez, de su corta duración. Hasta 1935 no se adoptaron medidas destinadas a paliar la crisis y, para entonces, la situación económica ya se había complicado con graves problemas políticos. El avance de la derecha antirrepublicana y antidemocrática, a la que se sumó ahora la aparición de nuevas organizaciones de inspiración fascista, que en febrero de 1934 organizaron una masiva manifestación que intentó asaltar el Parlamento, lograron la unión de las fuerzas de izquierda en el Frente Popular.

En mayo de 1936 la coalición de socialistas comunistas y radicales ganó las elecciones y, en junio, por primera vez en la historia de Francia, un socialista, Léon Blum, formó gobierno. Los acuerdos de Matignon, que incluían el alza de salarios y la negociación de convenios colectivos, frenaron la conflictividad social, votándose después varias leyes, también de carácter social, que establecieron vacaciones pagadas y limitaron, por ejemplo, la duración del trabajo semanal. Pero persistían graves tensiones económicas, desequilibrio entre una demanda incrementada y una producción estancada y, sobre todo, graves tensiones en el terreno internacional.

La división crecía en el seno del Frente Popular francés, mientras la situación internacional obligaba al rearme. En octubre de 1936 el gobierno tuvo que devaluar el franco, como antes se habían devaluado la libra y el dólar, pero la medida tardía, fue insuficiente para frenar el déficit comercial. Francia se enfrentaría a la nueva guerra que se avecinaba, debilitada y dividida internamente y acuciada por los efectos de la crisis, en gran medida sin resolver.

Pero la crisis económica alcanzaría sus máximas consecuencias políticas en dos de las naciones particularmente afectadas por la guerra, Italia y Alemania. Italia era uno de los países que habían quedado insatisfechos con el acuerdo de paz. Los italianos se consideraron postergados en el reparto de posguerra.

No habían obtenido ni la costa yugoslava ni participado en el reparto de Turquía y de las colonias alemanas y su orgullo nacional había quedado mal parado. A este descontento

generalizado vinieron a sumarse los efectos de la crisis. Los gastos de la guerra habían desembocado en la inflación.

La industria desarrollada con fines bélicos no afrontaba bien la reconversión en la paz y el desempleo empezaba a hacerse notar. Las elecciones de noviembre de 1919 dieron la victoria a dos grandes partidos, el Partido Popular, de tendencia demócrata cristiana, y el Partido Socialista. Pero Benito Mussolini, que había sido expulsado de este último por defender la entrada de Italia en la guerra, fundó ese mismo año el Partido Fascista.

Al calor de la crisis económica, que incrementó el descontento de obreros y campesinos, comenzaron a surgir movimientos espontáneos de protesta que desembocaron en la ocupación de algunos latifundios y fábricas, sobre todo en el norte de Italia, mucho más desarrollado que el sur. El gobierno presidido por el liberal Giolitti optó por dejar que se extinguieran solos, pero la situación preocupó a los propietarios que se decidieron a subvencionar bandas de hombres armados, los squadri que se enfrentaron a las organizaciones obreras. En estas bandas pronto destacaron los miembros del Partido Fascista.

Entre 1921 y 1922, estas bandas armadas fueron extendiendo la violencia por toda Italia, especialmente en las zonas rurales. Ante la pasividad del gobierno y la incapacidad de las organizaciones obreras cada vez más divididas para hacerles frente. En octubre de 1922 Mussolini decidió el asalto a las ciudades y ordenó la marcha sobre Roma, en una jugada política de imprevisibles consecuencias.

Pero el gobierno indeciso tardó en reaccionar y el rey Víctor Manuel optó por encargar la formación de un nuevo gobierno a Benito Mussolini. En abril de 1924 se celebraron elecciones marcadas por la violencia y el asesinato a cargo de los squadri fascistas. En junio, el diputado socialista Matteotti, que había tenido la valentía de denunciar a Mussolini en pleno parlamento, fue asesinado y en enero Mussolini asumió públicamente la responsabilidad por este asesinato.

Al año siguiente, el duce, nombre que se dio a Mussolini como jefe o caudillo del Partido Fascista, ya concentraba en sus manos todo el poder. El rey era sólo un elemento decorativo y el propio partido quedó sometido a la voluntad de su duce. Comenzaba la dictadura fascista en Italia.

El orden público, el relativo bienestar económico y una política exterior que al menos nominalmente resarcía el orgullo nacional ultrajado tras la guerra, explican el éxito del fascismo, apoyado por otra parte en grupos heterogéneos, desde pequeños burgueses y clases medias hasta obreros decepcionados y excombatientes inadaptados a la vida civil. Todos financiados por los grandes industriales y propietarios agrícolas y liderados por un hombre ansioso de poder, cuyos excesos acabarían desembocando en el ridículo. A partir de 1926, el Gran Consejo Fascista sustituiría al rey en la prerrogativa de nombrar gobierno.

Las escuadras fascistas, convertidas en milicias, ocuparon el lugar del ejército y las corporaciones fascistas, organizaciones oficiales de carácter sindical, integradas por

empresarios y trabajadores, permitieron al Estado controlar desde arriba el mundo laboral. Mussolini se reconcilió con la Iglesia Católica, adoptando medidas que la beneficiaban, aunque los fascistas no eran católicos confesionales. Se entendió también con los grandes industriales e incluso con los intelectuales.

Era un conductor hábil, camaleónico, sin ideología, lo que le permitía adaptarse rápidamente a las circunstancias sin el menor escrúpulo moral. Pero esta misma falta de peso intelectual le convirtió en un megalómano casi burlesco, lo que no impidió que la propaganda del régimen exaltara su imagen sin ningún rubor. Esta propaganda se dirigía especialmente a los jóvenes, encuadrados en unidades paramilitares desde los cuatro años, lo que cortaba de raíz cualquier germen de futura oposición.

La política económica del fascismo se orientó sobre todo hacia la autarquía, es decir, hacia el autoabastecimiento, para reducir al mínimo las importaciones, paliar el paro y contrarrestar los efectos de la crisis económica de 1929, que se notaron especialmente en Italia a partir de 1933. Se impulsó sobre todo la producción de trigo, mientras la creación del Instituto de la Reconstrucción Estatal, el IRI, destinado a ayudar a las empresas en dificultades, acabó absorbiendo a la mayoría de ellas. Se impulsó también desde el Estado el aumento de la natalidad.

La patria necesitaba soldados y el Estado fascista llegó a controlar todos los ámbitos de la vida. A Mussolini le saldría un discípulo aventajado, que iría mucho más lejos que su maestro, Adolf Hitler. Hitler, que había fracasado en su intento de tomar el poder mediante un golpe de Estado en 1923, tras pasar un tiempo en la cárcel donde escribió su libro *Mein Kampf*, mi lucha que se convertiría en el programa político del nazismo, se convenció de que debía llegar al poder por medios legales.

Su partido, el Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán, más conocido por su abreviatura nazi, era minoritario y poco fuerte políticamente, pero poco a poco iría ganando votos hasta llegar a controlar el Gobierno. En ese paulatino ascenso le ayudó mucho la difícil situación económica alemana que acusó el impacto de la crisis mundial con especial virulencia hacia 1932. El paro, la crisis agrícola, el crecimiento de la deuda exterior como consecuencia del pago de las reparaciones de guerra, habían conducido a Alemania a una situación crítica que Hitler supo aprovechar en su propio beneficio.

Los alemanes asimilaban paulatinamente la propaganda nazi que culpaba de todos los males a las potencias extranjeras y al judaísmo internacional, a la democracia y a los políticos alemanes que habían aceptado las humillantes cláusulas del tratado de Versalles, especialmente las reparaciones impuesto por los vencedores. El canciller Brüning obtuvo un pequeño éxito al lograr convencer a Francia y Gran Bretaña de que Alemania no podía seguir pagando las reparaciones, que fueron anuladas en la conferencia de Lausanne en 1932. Pero su política deflacionista llegó tarde, su plan apoyado en que el descenso de los precios permitiría aumentar la exportación de productos alemanes y con ello la recuperación industrial, fracasó al

descender los precios mundiales por efecto de la crisis más rápidamente que los nacionales.

Tras las elecciones presidenciales de marzo de 1932, Hindenburg destituyó a Brüning y se formó un nuevo gobierno presidido por von Pappen que no logró el apoyo parlamentario. Tras dos nuevas elecciones celebradas ese mismo año, que confirmaron al partido nazi como el principal partido del país, Hindenburg encargó a Hitler en enero de 1933, de manera totalmente legal, formar gobierno. Hitler se había convertido en el líder indiscutible.

Su audacia, su carencia de escrúpulos y su fácil y visceral oratoria que enervaba a las masas, apelando más al sentimiento que a la razón, llegaron al pueblo alemán, angustiado por el paro y humillado por la derrota, que asimiló sin esfuerzo un discurso simplista en el que se culpaba al judaísmo internacional, elegido como chivo expiatorio, de todos los males de la patria. La doctrina del nazismo, como la del fascismo, era lo suficientemente vaga como para llegar a amplios sectores de la población. Se basaba en el culto a la acción, en el desprecio de la razón, en el control de las masas a través de la propaganda, en la simplificación del enemigo, el judío y en la exaltación paranoica del nacionalismo.

Fácil cebo para una Alemania tardíamente unificada, necesitada de afirmarse como nación, humillada por la derrota en la guerra y aplastada moralmente por el reconocimiento explícito de su culpa. El nazismo apelaba además al orgullo alemán con el mito de la raza aria, una raza superior a la que pertenecían todos los alemanes sin sangre judía, exaltada convenientemente como aliento del nacionalismo, tergiversando sin escrúpulo elementos de los grandes pensadores y filósofos alemanes, desde Fichte o Hegel hasta Goethe o Nietzsche. Una vez en el poder los nazis se ocuparon de eliminar cualquier posible discrepancia.

En febrero de 1933 incendiaron el Reichstag, el parlamento, acusando de ello a los comunistas. Con este pretexto suspendieron todas las garantías constitucionales. Al mes siguiente unas elecciones, intimidadas por la presión de las milicias nazis, dieron al partido nazi mayoría parlamentaria.

Haciendo uso de esta mayoría, el parlamento aprobó el traspaso del poder legislativo al gobierno, institucionalizando la dictadura. Los demás partidos fueron puestos fuera de la ley y se anularon los sindicatos. En junio del 34, en la noche de los largos cuchillos, los nazis eliminaron sistemáticamente a todos sus adversarios, incluyendo posibles disidentes dentro del propio nazismo.

Poco después la muerte de Hindenburg convirtió a Hitler en el único dueño del poder, el Führer, el jefe, el caudillo, el nuevo conductor de Alemania. Utilizando las nuevas milicias nazi, las SS, y la nueva policía secreta estatal, la Gestapo, al mando de Himmler, los nazis controlaron completamente la situación, abortando cualquier brote de oposición e institucionalizando la represión desde dentro del aparato del Estado. A diferencia de lo ocurrido en Italia, las relaciones del nazismo con la Iglesia no fueron buenas.

El Papa Pío XI condenó el racismo y en consecuencia la política antisemita de los nazis. Aunque

teóricamente el nazismo respetaba el catolicismo, su moral era totalmente ajena al cristianismo. Su política económica, en cambio, fue todo un éxito porque se apoyó en el rearme descarado, violando abiertamente las cláusulas del Tratado de Versalles.

La producción destinada a la futura guerra permitió reducir el paro, reactivar la industria y devolver la confianza a los empresarios que volvieron a invertir. Los nazis supieron combinar hábilmente los postulados de la economía planificada y de la economía de mercado, conduciendo a Alemania a una situación de aparente bienestar que no era sino el preludio de calma que precede a la tormenta de una nueva guerra. Podemos preguntarnos para concluir qué es lo que define el fascismo.

El partido único, la subordinación de los individuos al Estado, la exaltación del líder carismático y todo ello apoyado en un nacionalismo exacerbado que deriva en la apetencia de expansión imperial. Es decir, todo lo contrario a los grandes principios del liberalismo y de la democracia. Se ignoran los derechos individuales, la razón deja paso a la fe irracional en un líder que unas veces se apoya en la superioridad de una raza y otras en la unipotencia del Estado.

El nacionalismo exaltado, que tiende a culpar de todos los males al exterior, al marxismo, al judaísmo, al capitalismo, degenera en ansias de expansión y conduce a la agresión. Esta agresión llevaría a Europa a un nuevo y dramático enfrentamiento, la Segunda Guerra Mundial.